



# Y PESE A TODO...

**JUAN DE DIOS  
GARDUÑO**

"Es de celebrar que en España esté destacando, tanto en novela como en cine, una nueva generación de especialistas en terror y fantasía, y Juan de Dios Garduño es uno de ellos".

**José Carlos Somoza**

**DOLBY**  
EDITORIAL

A Kathy, con amor. A mis padres, por todo.

*Y pese a todo...*

Por Juan de Dios Garduño

© 2010 de la presente edición T. Dolmen Editorial.

**Primera edición:** Julio 2010

**ISBN:** 978-84-938143-1-1

**Depósito Legal:**

C/Mateu Obrador nº 1, bajos

07011 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

**Director colección:** Álvaro Fuentes

**Corrección:** Elsa Otero

**Maquetación interior:** Llorenç P. B.

**Diseño y dibujo de portada:** Alejandro Colucci

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte. Dirección: Sandro Mena. Editor: Vicente García.

## AGRADECIMIENTOS

Tendría que remontarme unos quince años para dar mi primer agradecimiento:

Recuerdo que volvíamos del instituto cuando Damián Ramos me dijo que había conseguido la novela *La zona muerta*, de un tal Stephen King. Cuando la terminó, me la prestó, y gracias a eso, hoy tú tienes esta novela en tus manos.

Gracias, Damián.

Dicen que es de mal nacidos no ser agradecido, así que, gracias a Álvaro Fuentes, en primera instancia, y a Vicente García, en segunda, por considerar que esta novela debería estar en vuestras manos.

No debo olvidarme de aquellos que la leyeron cuando aún andaba en pañales y que me hicieron críticas, corrigieron o dieron consejos. Gracias a Luz Baños, Olga Delgado, Athman, Abraham Ortega, Fernando Martínez Gimeno, a José Carlos Somoza y al presidente de Noche, David Jasso, que encima me escribió este gran prólogo.

Gracias también a los anónimos médicos del Hospital de Peñarroya-Pueblonuevo por salvarme la vida, aquella aciaga noche. Sin vosotros sí que es verdad que ni estaría mi novela ni estaría yo aquí.

Y, por último, gracias a ti, lector, que tienes este libro entre tus manos. Que has acompañado a Patrick, a Peter y a Ketty por la ciudad del maestro, Bangor. A la que espero poder acudir algún día.

## SINOPSIS

Durante el mandato del presidente Obama, Estados Unidos tiene constancia de que Irán va a cometer un ataque contra sus bases en territorio aliado. Ante la estupefacción del mundo entero, le declara la guerra. Rusia y China se alían con Irán; Gran Bretaña e Israel, con los americanos, y así, país por país, todos toman parte en la Tercera Guerra Mundial.

En pleno enfrentamiento, y ante la devastación que producen las armas nucleares, los rivales deciden utilizar las armas químicas, más baratas y más fáciles de fabricar. Se crean nuevas cepas de virus ya existentes, utilizando el ADN recombinante y extinguiendo así a casi toda la población mundial.

En la ciudad de Bangor, Maine, sólo han sobrevivido tres personas. Peter, su pequeña hija y Patrick Sthendall, su odiado vecino. En una población totalmente nevada, sometida a temperaturas que bajan de los diez grados bajo cero, los dos hombres se enfrentarán a algo más que al odio que sienten el uno hacia el otro: unos visitantes con los que no contaban...

«Es de celebrar que en España esté destacando, tanto en novela como en cine, una nueva generación de especialistas en terror y fantasía, y Juan de Dios Garduño es uno de ellos.»

José Carlos Somoza

## PRÓLOGO

*Bien, vamos allá. Hummm... Supongo que puede resultar adecuado hablar sobre el terror. A fin de cuentas ésta es una novela de terror, ¿no? Sí, claro. Pues adelante.*

### Prólogo

Por David Jasso

El terror es una de las emociones más intensas que el ser humano puede experimentar, está íntimamente ligado a nuestro instinto de supervivencia. En las siguientes páginas sentiremos terror y veremos los límites a los que las ansias por sobrevivir nos pueden llevar.

El terror es lo que nos aleja de la muerte. Sentir miedo es como

*Nah, vaya mierda de prólogo, ya estamos con las generalidades de siempre. Es imposible describir el terror; lo mejor es que me olvide de viejos tópicos y deje que el lector lo descubra por sí mismo. Hablar del terror, pudiendo sentirlo al leer esta novela, no nos lleva a ninguna parte. Es redundante. Mejor probar otro enfoque. Delete delete delete.*

*Quizá sea mejor centrarme en los zombies; con un buen zombi siempre quedas bien. Puede que algo con un toque personal e intimista... Veamos...*

### Prólogo

Por David Jasso

Mantuve la respiración cuando las luces se apagaron. *Zombi*, clasificada S (el equivalente a la clasificación X de *Saw 6*), iba

a empezar. Con mis dieciséis años tuve que falsificar el carné para entrar en el cine (y eso que por aquellos tiempos no existía el photoshop; me apañé con celo y una fotocopia). Hice novillos porque pensé que si acudía al cine en horario de clase, el portero creería que yo era mayor. Recuerdo que ese martes a las cinco de la tarde en el cine Palacio sólo estábamos media docena de espectadores. El ambiente perfecto para ver una película que me marcaría para siempre. Mi corazón se aceleró cuando las luces se apagaron y comenzó la proyec

*Un momento, un momento. ¿A quién pueden interesarle los orígenes de mi zombifilia? No se trata de hablar de mi vida. Además, en esta novela no hay zombis al uso, son mucho más originales. Como nunca los había visto. Reúnen características de infectados, gárgolas, vampiros, yetis e inspectores de hacienda. Casi nada... Pero, pensándolo bien, no creo que resulte conveniente dar demasiados detalles sobre este particular. Mejor no seguir por este camino. Debería intentar otra cosa. Delete delete delete.*

*Ya sé. Algunas de las referencias que he encontrado en el texto. Claro, genial. Esos homenajes más o menos evidentes que Juande se ha marcado. Sí, seguro que es lo mejor. Vamos...*

### **Prólogo**

Por David Jasso

Los escritores son como bayetas sucias: no pueden dejar de absorber cualquier resto de porquería que haya por las esquinas. Schurrrrp. Y chupan un ambiente. Schurrrrp, y se quedan con una muerte. Luego, cuando tienen que pergeñar una historia, estrujan su interior y sale un caldillo oscuro y mohoso. A eso le llaman creatividad. Estoy seguro de que el autor de esta novela ha schurrupeado de muchas fuentes. El lector probablemente pue-

da detectar algunos de los homenajes más evidentes, pero yo me permito destacar algunas de las referencias cinéfilas y literarias que he captado. Hay detalles de *Soy leyenda*, *Zombi*, *La carrettera*, *Salem's lot*, *El resplandor*, *La noche de los muertos vivientes*, *28 días después*, *El cuervo*, *Jeepers Creepers* e incluso de *Dos hombres y un destino*. Un montón de clásicos, antiguos y modernos. Eso sin contar con el evidente homenaje del autor al mismísimo Stephen King al situar la acción en su tierra natal, algo que viene a ser como una declaración de intenciones de Juande, que se muestra fiel estilística y temáticamente el espíritu del autor de Maine.

*Ya, sí, esto podría valer. Pero yo sé que muchas veces esas influencias, esos homenajes, son inconscientes, que el autor los saca de su interior sin ni siquiera pretenderlo. El líquido que rezuma de él brota sin que sepa de dónde procede. Así que quizá no sea adecuado dar tanta importancia a este aspecto. Delete delete delete.*

*Joder, la verdad es que la novela de Juande tiene fuerza. Y me ha inspirado. Creo que ésa es una de las mejores cosas que se puede decir de un texto: que es capaz de inspirar. Que la trama, el ambiente y la historia abren tu mente a otros mundos y te generan ganas de plasmarlos.*

*¿Y... y si me dejo llevar y en lugar de escribir un prólogo convencional escribo lo que verdaderamente me apetece, lo que la novela me ha inspirado de veras? ¿Por qué no? Nada de convencionalismos o glosas. Adiós a lo esperado y lo habitual. A la mierda lo tradicional. Voy a escribir el prólogo que la novela de Juande verdaderamente me ha sugerido. Y que sea lo que Dios quiera.*

### **Prólogo**

Por David Jasso

Una línea de luz dorada y el aire apartándose en ondas a su paso. Puede que no os lo creáis, pero he llegado a verla caer.



Ha sido una casualidad. Procuero no acercarme demasiado a la ventana, pero justo estaba mirando por entre los tablones que cubren los cristales cuando la he visto. La estela que trazaba en el cielo ennegrecido tenía cierta belleza siniestra, como el araño que te deja en la piel la persona amada.

Desde el primer momento me di cuenta de que se trataba de una bomba; en nuestro mundo devastado ya no existen las estrellas fugaces. Ni siquiera quedan deseos que brindarles. Hay tantas cosas que ya no existen... Me preparé para morir. La bomba caía muy lejos, pero ya sé por experiencia que suelen ser potentes, probablemente me encontraba dentro de su radio de acción. Bien, es igual, ya iba siendo hora.

Llegó un momento en que los lejanos edificios la engulleron y me preparé para la onda expansiva. Estaba dispuesto a quedarme allí y verla venir, con los dedos aferrados a los tablones de la ventana, las rodillas temblando de pánico y las lágrimas corriendo por mis mejillas sin que ni siquiera me percatara. Miraría a la muerte cara a cara, al vapor ardiente desplazándose entre las calles de mi ciudad, a la ola de muerte y destrucción que barrería todo a su paso. Pronto sería una mera ramita al viento. Y luego ya no sería ni siquiera un recuerdo.

El resplandor fue tan cegador como el amor verdadero. Un fognazo de pura luz, la antesala de la devastación. Muy pronto llegaría el calor; instantes después, el brutal impacto, y por último el estruendo, cuando ya no hubiera oídos para percibirlo. Apreté con más fuerza los inútiles tablones, como si ellos pudieran ofrecerme algún tipo de protección. Me obligué a no parpadear: ¿cuántos hombres tienen la posibilidad de ver a la muerte cabalgar directamente hacia ellos?

Sin embargo, la onda expansiva no llegó. Sí, los edificios de la zona cero quedaron devastados, pero pronto pude comprobar que no se trataba de una bomba nuclear, ni siquiera de una bomba convencional con gran poder explosivo.

La nube verde comenzó a expandirse. Mucho más despacio que cualquier pulso electromagnético o la radiación ionizante, pero igual de amenazadora. Entonces comprendí que lo que había caído en el centro de la ciudad era una bomba biológica. Últimamente estaban de moda. Por la radio de onda corta que había logrado conseguir podían escucharse muchas referencias a ese tipo de ataques.

El conflicto se había enquistado y el odio entre las partes les había llevado a diseñar no sólo armas mortales, sino dolorosas. El enemigo no tenía que morir, tenía que sufrir. Si en lugar de destruir una ciudad dejabas heridos a la mayor parte de sus habitantes, los efectos eran mucho más devastadores: el enemigo tenía que atender a los afectados, destinar hombres, recursos y medios, mientras la moral caía en picado a la misma velocidad que las bombas. Sí, era mucho mejor herir al enemigo que matarlo.

Esta guerra es cruel, endemoniada, imperdonable; por eso estoy seguro de que el planeta se irá a la mierda, dejará de girar y todos, vencedores y vencidos, pereceremos en esta contienda inhumana.

El caballo de la muerte cabalga mucho más despacio de lo esperado. No es un fulgor fulminante, un rayo de extinción; es una nube verde que crece y se arrastra despacio, como las sombras cuando el sol se esconde, acariciando edificios y reptando sobre el asfalto, engullendo todo lo que encuentra a su paso.

Es como ver la muerte a cámara lenta. Y viene hacia aquí, implacable.

No, no quiero eso. Ya he visto morir a toda mi familia, uno tras otro, por enfermedades, por falta de recursos, por heridas que no se pudieron tratar... Y no quiero verme morir a mí mismo de esa manera. El rayo sí, la sombra no.

Me dirijo a mi habitación a toda velocidad y cierro la puerta. Cubro las rendijas de la puerta con lo primero que encuentro:

ropa teñida de sangre, sábanas sucias... Improvisó una mascarilla y me doy cuenta de que he utilizado un sujetador de mi mujer muerta. No quiero que la nube verde me alcance. No quiero arrastrarme enfermo hasta que las fuerzas me abandonen, no quiero morir entre espasmos y dolores, entre vómitos y descomposición. Me acurruco en una esquina y me cubro con una sábana; la mancha de sangre de mi hijo queda sobre mi cabeza como un sombrero inapropiado.

No hay más que pueda hacer. Aguardo.

Al poco, noto el sabor azucarado del humo verde: es como yogur pastoso dejado al sol de agosto. Se pega en mi garganta y desciende despacio por mi tráquea, como si quisiera aferrarse a cada saliente. De nada han servido mis precarias medidas de protección. La casa está llena de grietas y ranuras. El humo ha reptado, ha hurgado entre las paredes y ha logrado salvarlas para llegar hasta mí y acariciarme. Intento contener la respiración, pero me doy cuenta de que se trata de un esfuerzo baldío. Arrojo violentamente la sábana a un lado, me pongo en pie y me quito la mascarilla que acarició en tiempos el pecho de mi mujer.

Aspiro el aire con fuerza, mientras me digo a mí mismo que no voy a morir, que yo soy más fuerte que esta guerra de locos, que mi cuerpo resistirá, que no seré afectado.

Entonces siento el mareo. Es una promesa de sueños, una bruma agradable, como si yo fuera un bebé y mi madre me recogiera en sus brazos para adormecerme.

Sé que voy a perder el conocimiento de un momento a otro. Y es en este instante cuando me llega la certeza.

No voy a morir, claro que no. Mi alma hace ya tiempo que murió. Mi cuerpo sólo es una rémora que acarreo. Puedo seguir haciéndolo, no importa lo que le ocurra. Yo seguiré vivo. Mi voluntad podrá con todo.

Ahora la bruma verde vaga entre las calles. Muy pronto lo haré yo. Aspiro de nuevo con más fuerza. Y el picor de mis vías

respiratorias ya es demasiado. Caigo al suelo. Mi cabeza golpea contra el terrazo, con la leve amortiguación de la sábana que amortajó a mi hijo. Noto que la sangre comienza a brotar y se mezcla con las manchas reseca. No importa la fractura.

Mi piel pierde el color y mis músculos se sacuden víctimas de espasmos irrefrenables.

Puede que ya esté muerto, pero sé que no moriré.

Por David Jasso

Y pese a todo, el mundo todavía giraba. Aún había estaciones y, por supuesto, aún había días con sus correspondientes noches.

El invierno en Maine era crudo; en Bangor, cruel. Las horas de luz solar pasaban con la misma rapidez con la que prende y se esfuma el papel de fumar, dando paso a noches gélidas, cargadas de ruidos inciertos y mustios sentimientos. Durante la estación de fríos, la vida parecía pararse y no tener sentido. El ánimo era embargado hasta la primavera, coincidiendo su libertad con las primeras briznas verdes de hierba.

El blanco de la nieve convertía aquella lujosa urbanización de casas en una enorme y monocromática habitación acolchada de manicomio.

«Soledad y aislamiento», pensó Patrick. Así era el invierno en aquella parte de Estados Unidos. Más aún, después de la guerra. Ya ningún medio de transporte llegaba a la ciudad. El puerto, antaño tan vivo, yacía ahora tan inútil como los restos de un cadáver. Los dos aeropuertos no eran más que las ruinas de lo que fueron y las carreteras permanecían sepultadas bajo la nieve sin que los camiones quitanieves hicieran ya nada por remediarlo.

Patrick Sthendall agarró una lata de Budweiser de la nevera, la cual renqueaba trabajando al mínimo. Su perro le observaba con la cabeza girada y con unos enormes ojos azules cargados de deseo.

—*Doggy*, esta noche no —le dijo con tono autoritario.

El husky siberiano giró la cabeza hacia el ángulo contrario, meneó la cola brevemente y se escondió detrás del sofá, mirándole con sus enormes ojos claros. Era un ejemplar joven y precioso, con pedigrí. Patrick no quería convertir al perro en un alcohólico. Ya era suficiente con un borracho en casa.

El hombre arrastró las roídas pantuflas por la moqueta y se sentó pesadamente en el sillón. Puso los pies encima de una pequeña y baja mesa de madera tirando dos o tres latas arrugadas de cerveza. El ruido le molestó. Cualquier sonido estridente había llegado a importunarle hasta el punto de hacerle perder los estribos, y en cierto modo comenzaba a odiarse por ello. Él siempre había sido un tipo con buen humor. Al menos antes de que Bangor redujese su población de treinta y un mil ochocientos habitantes a tres.

—Mierda — dijo casi en un susurro, malhumorado.

Se incorporó con cierto esfuerzo. Había olvidado algo y estaba cansado. De nuevo arrastró las pantuflas, y el perro, que permanecía echado y con la cabeza entre las patas delanteras, le siguió con curiosidad.

—He dicho que hoy no toca, borrachín —le recriminó Patrick ante la mirada inquisitiva del can.

Éste volvió a menear el rabo, adoptó la posición anterior y se echó a dormir.

Su dueño apagó la luz. No podía permitirse el lujo de tenerla muchas horas encendida. No por la factura — hacía muchos meses que habían dejado de llegar —, sino por no gastar la batería conectada a los paneles solares. Muchas noches, para tener algo de luz y dar un mínimo de calor a la casa, hacía fuego en la chimenea. En Bangor, encontrar leña era sumamente fácil, aun cuando la guerra había acabado con su producción en serie. No tenía más que salir al bosque y talar los árboles que le viniese en gana.

También había otro motivo para abrazar la oscuridad, aparte del ahorro energético. La luna llena dominaba esa noche el firmamento, y si alguien o «algo» intentaba acceder a su casa, él podría ver su sombra o silueta a través de los enormes ventanales del salón.

Y actuar. Vaya que si actuaría...

Aunque hacía poco más de un año del último ataque —y fue aéreo—, a él le gustaba sentirse protegido. Había visto y oído demasiado para no estarlo. Tanto la casa como él estaban bien equipados para repeler cualquier ataque. Miró hacia el armero situado a su derecha, sintiéndose seguro. La luz de la luna, que se filtraba entre las finas cortinas blancas, bañaba varias escopetas y pistolas de diferentes calibres y les otorgaba un aura extraña, casi mística.

En la acera de enfrente, a través de las rejillas de hierro que había instalado en el ventanal del salón, observó cómo la luz de la habitación superior de sus vecinos se apagaba. Tampoco a ellos les gustaba gastar energía sin necesidad. La guerra les había vuelto muy ahorrativos en todo.

—Buenas noches — dijo en la distancia a las dos únicas personas que, como él, no habían abandonado la ciudad o muerto durante los ataques.

Se acopló en el sillón, acolchándolo con el trasero hasta sentirse medianamente cómodo. Dio otro trago a la cerveza, dejando la lata casi vacía, y la arrojó a un lado. Frunció el ceño cuando vio al perro salir de su escondite y lamer los pequeños charcos de cerveza que había provocado. Le dijo algo y el can volvió a su sitio.

Cerró los ojos y se dispuso a dormir.

Hacia las tres de la madrugada algo lo despertó. Aguzó el oído; el ulular del gélido viento por entre los árboles arrastraba otros sonidos, desconcertantes la mayoría. *Doggy* alzó un poco la cabeza y gruñó. Se levantó y después de un rato se apostó junto a la puerta.

Alguien o «algo» intentaba entrar y la alambrada que había colocado alrededor de toda su propiedad se lo impedía.

Patrick se giró hacia un lado y volvió a dormirse.

Estaba cansado y el mundo se había ido a la puta mierda.

Peter Staublosky también había escuchado los ruidos. Se encontraba en su cama, abrazando a su hijita, cuando éstos habían comenzado.

*Ris, ras, ris, ras.*

Emergieron a través de sus pesadillas y al poco dominaron la realidad de aquel cuarto angosto y frío donde dormían. Peter permaneció unos instantes con los ojos clavados en el techo, intentando averiguar quién era o dónde estaba. En ocasiones le ocurría aquello, aunque no tardaba más de unos segundos en responderse a aquellas dos preguntas.

«Soy Peter Staublosky y estoy en el infierno», se decía mentalmente.

*Ris, ras, ris, ras.*

Su hija farfulló algo, se revolvió y Peter pudo contemplar a la luz de la luna el suave rostro de la niña. En un momento dado, éste se contrajo en un gesto agrio, fruto de una posible pesadilla. La pequeña solía tenerlas, y a él no le extrañaba, no, sabiendo lo que aquella cría de cinco años había vivido durante la guerra.

A veces él también soñaba.

Volvió a oír algo. Con movimientos suaves deshizo el paternal abrazo, apartó la tupida cantidad de mantas que les arropaban y se levantó de la cama, vestido sólo con la parte de abajo del pijama y una camiseta interior blanca de manga corta. No se calzó; agarró la escopeta recortada que descansaba en una silla infantil rosa con ositos de colores y se dirigió a la ventana de la habitación, desde la cual se dominaba un tramo amplio de su nevado jardín, la calle y varias casas más. Apartó suavemente la cortina blanca con el cañón del arma y miró hacia abajo.

Nada. Sólo la nieve presidiendo majestuosamente todo aquel lugar.

El sonido volvió a repetirse y esta vez escudriñó bien la zona de donde parecía proceder. Pese a que la luz de la luna llena bañaba la amplia calle que daba acceso a la urbanización, él no conseguía identificar el origen de aquellos ruidos.

Pensó que sería algún animal en busca de comida. Se quedó un rato allí. De vez en cuando echaba una ojeada al terreno de Patrick Sthendall, pues el ruido se reproducía cerca de aquella propiedad con bastante frecuencia. Observó cómo los ventanales del salón de Sthendall reflejaban la luz de la luna como si se tratase de un gran foco de circo. Nada hacía intuir que su vecino estuviera sentado en el sillón del salón, pero él sabía que allí lo encontraría y que, con toda probabilidad, estaría durmiendo la borrachera.

—Que se pudra —murmuró soltando la cortina y sentándose en la silla.

Quince minutos más tarde no se habían vuelto a producir ruidos sospechosos en la calle. Volvió a la cama pero no se acostó, sino que agarró la chaqueta de lana que reposaba colgada de la puerta del ropero, se la puso y se sentó a hacer guardia allí.

De vez en cuando echaba ojeadas al pequeño bulto en la cama que era su hija. De este modo, si se despertaba, podría tranquilizarla rápidamente. Solía despertarse gritando y llorando, aunque no lo recordaba por la mañana. Era mejor así, y en cierto modo la envidiaba.

Peter pensó que no podría dormir. Las noches solían ser tranquilas, sin ruidos, y cualquier cambio en el monótono transcurrir de una de ellas bastaba para despertar su insomnio. El instinto, la premonición de saber que algo acechante permanecía entre las sombras y podía destrozar la alambrada y vencer así la inexpugnabilidad de la casa le aterraba. Aún no

se había dado el caso; además, los ataques habían cesado desde el día de las evacuaciones. Pese a eso, se sentía intranquilo. Sus ojos habían visto ya tanto...

Arropó mejor a Ketty y la contempló con una sonrisa agri-dulce en el rostro. Se parecía tanto a su madre... La similitud de sus rasgos le provocaba a Peter en muchas ocasiones la sensación melancólica y agria de estar criando a una pequeña Helen. Y eso era doloroso.

Pensó que podría llorar. Sería un llanto silencioso, cargado de un torbellino de sentimientos contradictorios, reproches y recuerdos. De esperanzas rotas, de rabia e impotencia contenida, de recriminaciones y lamentos. Pero no lo hizo: el pozo de lágrimas se había secado.

Dos horas después sucumbió al frío y al sueño y volvió al calor de las sábanas y de su hija con agrado. Y, aunque pensó que no podría volver a dormirse, lo hizo.

La noche de Bangor recuperó su mutismo acostumbrado, arrojando bajo su silencioso seno a la urbanización Longfellow.

El peligro parecía haber pasado. Si es que alguna vez lo hubo.

El rasgueo de las patas de *Doggy* contra la puerta de la calle lo despertó. El perro necesitaba salir a mear. Aquello era ya una rutina diaria. El can arañaba, él refunfuñaba unas palabras y al final se levantaba a abrirle, comenzando así un nuevo día. Al menos agradecía que el husky siberiano no se meara por todas las esquinas de la casa.

Patrick tenía la cabeza embotada por la resaca, y el cuerpo dolorido por la posición. Se dijo que no era de las peores resacas que había tenido y se apretó las sienes intentando aliviar, o al menos encauzar, parte del dolor de cabeza.

Fue inútil.

El sol no bañaba su rostro, pero ya hacía rato que había amanecido. El cielo, contemplado desde el ventanal del salón, no se diferenciaba apenas del color blanquecino de la nieve del suelo. La línea divisoria entre firmamento y tierra era imposible de discernir en aquella época del año. El invierno en Maine era perpetuo, más desde que se habían usado armas climáticas durante la guerra.

Y pese a todo aquel frío, Sthendall se negaba a dormir en la cama, y no era por miedo. Simplemente, no quería que la muerte le encontrara allí, espatarrado y empapando la almohada con sus babas. Para él, aquélla sería una muerte sin dignidad. Por eso, desde que la guerra comenzara, había elegido el viejo y pequeño sillón marrón de orejas del salón para dormir. Desde allí dominaba toda la perspectiva de la parte delantera de su casa, que consistía en un jardín de diez por diez y en una pequeña caseta de madera para las herramientas. La calle y la casa de enfrente también quedaban claramente a su vista.

Además, tenía acceso rápido a las armas; eso cuando no dormía abrazado a una de ellas.

Ya nunca o casi nunca ocurría nada, pero más valía estar preparado. La guerra había dejado muchas hendiduras en la realidad y por ahí podía colarse cualquier cosa, estuviera o no en el imaginario del hombre; rescoldos humeantes que Dios sabe cuánto tiempo permanecerían encendidos. El recuerdo de todo lo vivido, visto u oído hasta la fecha le impediría volver a dormir jamás en una cama.

Se encontraban en una situación extraña. Antes de que todos los medios de comunicación dejaran de emitir, aún no se había proclamado el triunfo de ningún bando. Así que no sabía exactamente qué ocurrió al final. Sólo sabía que un año después de las evacuaciones nadie había vuelto a Bangor para explicar nada.

Se desprendió, haciendo crujir como ramas secas casi todo su delgado cuerpo. Había perdido mucho peso en ese tiempo. Su ex mujer habría estado contenta, si viviera.

Dormía vestido —a veces ni se quitaba el abrigo—, y estar desaliñado era ya para él ley de vida. Además, la situación actual, sin agua corriente y calentando trozos de hielo en un hornillo de gas, no favorecía una buena higiene continuada. Por eso, y por vaguería, se había dejado crecer una frondosa barba, teñida de gris pese a no haber entrado aún en los cuarenta.

Lavaba la ropa, cuando se acordaba, en un barreño de agua templada, para no helarse las manos, y la tendía en el sótano. En cierta ocasión había tendido una camisa y unos pantalones vaqueros fuera, en el jardín delantero. Dejó las prendas tanto tiempo a la intemperie, que cuando recordó recogerlas ya se habían congelado y eran inservibles.

— Espera, *Doggy*, que este borracho necesita ponerse las botas para salir —dijo al perro, que seguía arañando la puerta, mirándole con impaciencia.

Por costumbre, dejaba las botas en el baño de abajo; le resultaba más cómodo puesto que apenas utilizaba las habitaciones

de la segunda planta. Entró y tuvo que encender la luz para ver algo. Maldijo a los arquitectos de aquella urbanización por no haber dado algo de luminosidad a aquellos baños. No le gustaba gastar luz: nunca se sabía cuándo habría que encender los potentes focos delanteros del porche.

Una larga hilera de botas camperas y zapatillas de deporte le recibió. Patrick las había ido trayendo con el paso del tiempo de sus escapadas a la ciudad. Sabía que tener un buen calzado en aquellas condiciones climatológicas era importante. Por eso no dejaba de recoger botas o zapatillas en sus incursiones; nunca estaba de más tener reservas. Y los saqueadores — apenas los hubo — habían olvidado hacer acopio de calzado, como si pensarán que toda aquella guerra se fuese a resolver antes de que las fábricas de calzado dejaran de funcionar.

Se calzó unas Gore-tex que habían comenzado a rasgarse por el empuje por culpa de un alambre mal puesto que a punto estuvo de rajarle la espinilla también. Aun así, no pensaba deshacerse de las botas. La nieve no las calaba y mantenían muy bien el calor; además, la suela conservaba el agarre y apenas daba resbalones.

Apagó la luz y abrió la puerta al perro, que cruzó el porche como una bala.

Una ráfaga de viento helado le golpeó la cara. Se levantó la solapa del abrigo al sentir un ligero escalofrío que le recorrió el cuello hasta la parte baja de la espalda. Pese a no tener calefacción dentro de casa, la temperatura fuera del hogar bajaba bastantes grados. «Al menos, los malditos constructores hicieron algo bien con el aislante», pensó.

El perro meaba en la nieve con una pata levantada y mirando curioso hacia todos lados, a un metro escaso del porche. La nieve no le había permitido avanzar más y olfateaba el aire en busca de olores. El hombre se le unió descargando su vejiga. Un chorro de humeante pis derritió un poco de nieve. Inten-



taba hacer un dibujo, pero lo único que consiguió fue dibujar un Picasso.

Patrick agarró la enorme pala cuadrada y comenzó a retirar la nieve del porche y del caminito de salida, mientras escudriñaba toda su propiedad para intentar detectar posibles daños en la alambrada. Tuvo que volver a entrar en su casa para coger un gorro con orejeras y proseguir con su tarea.

*Doggy* no paraba de brincar de un lado a otro.

Palpó la cama para abrazar a su hija. Cuando un Peter asustado abrió los ojos, Ketty no estaba y su lado de la cama permanecía frío. Se levantó de un respingo y aplastó su frente contra la ventana de la habitación que daba a la calle para ver si la niña estaba fuera, en el jardín. Aún no había comenzado a nevar y la visibilidad era buena. Observó antes de que se empañara el cristal por el vaho de su respiración que la niña no se encontraba allí y se sintió levemente aliviado. Ni siquiera se percató de que Patrick, ajeno a su preocupación, daba paladas en su propiedad.

— ¿Ketty? — preguntó levantando la voz.

Silencio, sólo un zumbido en los oídos. Conocía ese zumbido: era la tensión. Su pulso se aceleró y el estómago se le contrajo.

— ¿Ketty? — repitió aún más alto. Se dirigió con paso rápido hacia las escaleras que conducían a la planta baja de la casa.

— ¡Aquí abajo, papi! — la oyó contestar con tono risueño desde el salón.

Peter se detuvo y apoyó la cabeza en el marco de la puerta. «Es una buena niña — se dijo—. Ella no haría ninguna tontería.» Suspiró aliviado y pasó una y otra vez sus ásperas manos por su rostro, por sus ojos. Desde que todo empezara, siempre estaba en tensión. Bastaba con que Ketty se entretuviera cinco minutos en el baño para que él aporreara la puerta violentamente, con el corazón alterado preguntándose si se encontraba bien.

No podía evitarlo. No concebía que hubiera días en los que no se produjera ningún ataque, pero así era. Muchos meses habían transcurrido desde la última vez que los soldados acudieron a Maine para ayudar en las evacuaciones, desde que las alarmas sonaron por última vez para advertir de un ataque aéreo o marítimo o anunciar un toque de queda. Muchos meses

desde que había visto a una persona con vida que no fuese su hija, o su vecino.

Jamás creyó que todo cambiase tanto como para llegar a ese punto. Cuando se rumoreaba que Estados Unidos atacaría a Irán, le pareció una broma de mal gusto. El presidente Obama siempre había sido un hombre de paz, no de guerra. Si hasta le habían concedido el Nobel de la paz. Pero al parecer el primer presidente negro de la historia se había visto obligado a declarar la guerra porque los últimos informes del Pentágono afirmaban que Irán había enriquecido uranio en plantas subterráneas secretas y se preparaba para atacar a los Estados Unidos de América y a sus aliados.

Pero aun así, Peter no creyó los rumores hasta que se convirtieron en noticia de primera plana mundial. Todos los canales de televisión anunciaron el inicio de los ataques; los periódicos tardaron el mismo tiempo en hacerse eco de la noticia, y por último, el presidente, en rueda de prensa en la Casa Blanca, informó de que se le declaraba la guerra a Irán, miembro del «eje del mal». Una guerra preventiva... como tantas otras.

Todas las naciones del mundo se quedaron boquiabiertas e incrédulas porque se sabía lo que aquello significaba. Irán tenía aliados poderosos.

Rusia no pudo mantenerse al margen: las presiones de su aliado estratégico Irán provocaron el ultimátum del país. Si Estados Unidos no ponía fin a la guerra de inmediato, Rusia interveniría. El mundo puso el grito en el cielo, ya que tanto la antigua Unión Soviética como Estados Unidos contaban con armamento nuclear. De hecho, Irán tenía ya en su poder dos misiles nucleares proporcionados por Rusia, que le había suministrado los códigos y mecanismos para usarlos. Si Israel, aliado de Estados Unidos, atacaba su país, a Irán no le temblaría el pulso.

Gran Bretaña saltó a la palestra declarando también la guerra a Rusia si entraban en conflicto con su aliado, Estados Uni-

dos. China y Cuba se aliaron a Rusia e Irán... Y así fue como casi todos los países del mundo eligieron bando mientras comenzaban los primeros ataques por parte de Estados Unidos a Teherán.

Los que no intervenían en la guerra mundial, que eran pocos, aprovecharon para declarar guerras civiles. Sobre todo en los países de África, donde se produjeron muchísimas revueltas y conflictos.

El mundo tocaba a su fin.

La Convención de Armas Químicas de Ginebra se fue al garete; tampoco nadie temía ya al Tribunal de La Haya y sus derechos humanos. Pronto se descubrió que una guerra nuclear era demasiado cara para los contendientes, además de destructiva, mientras que las armas químicas podían prepararse en cualquier laboratorio clandestino de cinco por cinco metros con el mínimo coste e idénticos efectos. Por eso se la denominó «la bomba nuclear del pobre». Y aunque se usaron algunas bombas nucleares, la contienda pronto fue conocida como la «guerra biológica».

Sólo que, según los científicos, no pasaría a los anales de la historia jamás, simplemente porque no quedaría nadie para contarla.

La revolución había llegado años atrás con las «armas de diseño» de ADN recombinante. Las nuevas tecnologías permitieron crear nuevos genes programados en microorganismos infecciosos para aumentar así su resistencia a los antibióticos y su virulencia y alargar su permanencia en el medio ambiente, que era el principal escollo que había que salvar.

Todo ello llevó a la creación de nuevas cepas —llamadas «súper»— de agentes biológicos convencionales como el ántrax, la viruela o la gripe Q, aunque durante la guerra ambos bandos usaron todos los habidos y por haber: virus como los de la encefalitis equina oriental, la enfermedad de Margburg o

la fiebre amarilla o bacterias como la del cólera, el muermo, la enfermedad del legionario o la peste pulmonar fueron esparcidos mediante aerosoles, regando miles y miles de kilómetros de superficies pobladas.

Uno de los ataques más graves infligidos al principio de la guerra lo sufrió Nueva York. Un avión enemigo no detectado por los radares y proveniente de Cuba roció parte de la ciudad antes de ser abatido, liberó noventa kilos de esporas de supértrax y provocó la muerte de tres millones de personas.

Pero aquello fue sólo el principio. Durante la guerra todo valía, hasta las más monstruosas armas genéticas o el agroterrorismo, para dejar inservibles los cultivos del enemigo y la ganadería y provocar el hambre...

Los tiempos en que la peste bubónica hacía estragos habían vuelto, sólo que en condiciones más devastadoras para el ser humano.

Peter se lavó la cara con jabón y el agua fría de una palangana. No quería pensar más en aquello.

— Aquellos seres... — dijo sintiendo un escalofrío al recordar.

Él había sobrevivido, y su hija también, y eso era lo importante en aquellos momentos. Tenía una responsabilidad para con Helen: sacar adelante a Ketty. Aunque la existencia hubiera dejado de tener razón de ser para la humanidad, aunque cada día fuese un suplicio no saber qué demonios había pasado con el resto del mundo, él tenía un deber, y quizá eso era lo único que le mantenía cuerdo.

Bajó al salón en vaqueros abrochándose una camisa a cuadros de franela. Su hija, aún en pijama, jugaba con un par de muñecas rubias como ella pero semidestrozadas y con varios miembros amputados. La levantó en vilo y la besó.

— Cuando te despiertes, me llamas — regañó dándole un toquecito en la nariz con el dedo —, no bajas sola. Sabes que no me gusta y me preocupo. Y ni se te ocurra salir al jardín sin mí.

Ella no contestó, siguió jugando y dialogando con las muñecas. Peter se dirigió a la cocina. Abrió una alacena y sacó galletas saladas; no quedaban muchas. Habían tenido que prescindir de la leche, pero no de su variante «Leche en polvo Happy Milk, la mejor de todo Maine», así que calentó en la hornilla de gas agua y preparó leche para los dos.

— ¡El vecino está en su jardín! — exclamó la niña a su espalda.

Peter se detuvo un instante, no contestó y siguió preparando el desayuno.

Con temperaturas de  $-10^{\circ}\text{C}$ , trabajar se hacía harto dificultoso por la falta de oxígeno. Patrick comentó en cierta ocasión a un amigo que con esas temperaturas sacarte un moco congelado de la nariz te podía rajarse la nariz en dos. Era tan gracioso como cierto.

Le había costado un par de horas y un ligero tembleque en los brazos dejar el jardín casi limpio de nieve, aunque agradeció el ejercicio físico para conseguir que la sangre circulase por todas las partes de su cuerpo. Estaba seguro de que a lo largo del día volvería a nevar, pero no le importaba. Aquello era un trabajo que debía hacer para cuidarse y también para mantener la casa infranqueable. Le provocaba desazón vivir como si se encontrara en la jaula de un zoológico, pero aquella cerca y aquella alambrada inexpugnables eran lo único que le separaba de algún posible peligro.

Ráfagas de aire helado azotaron su erosionado rostro mientras escudriñaba la alambrada en busca de algún desperfecto. Recordó que la noche anterior le habían despertado ruidos extraños y que con toda probabilidad encontraría algo que le llamara la atención. Algo que le diera una pista sobre la identidad de su visitante nocturno.

Fue el perro el que le orientó con su olfato y unos ladridos. Al final del jardín, junto al muro de metro y medio que daba a la calle, *Doggy* se había detenido y escarbaba con las pezuñas mientras gruñía. Patrick había puesto encima del muro unos postes anclados con hormigón que le permitieron levantar la alambrada casi dos metros más, así que toda la casa quedaba vallada a tres metros y medio de altura; eso sin contar la altura extra del alambre rizado de púas que coronaba el cercado, suficiente para que ninguna alimaña, persona o algo peor

pudiera trepar, atravesar o —debido al grosor del alambre— mucho menos cortar.

Agarró la escopeta que descansaba en el porche y la llave para los candados de la puerta. Ésta, rectangular, negra y alargada, no era muy alta, y se activaba mediante un resorte de muelle. Odiaba las puertas electrónicas, así que mandó cambiar la anterior por ésta, cuando aún había gente que se dedicaba a ese tipo de cosas. También había colocado la alambrada por encima de ella.

Lo que vio fuera lo dejó estupefacto. Habían intentado cavar un túnel para pasar por debajo del muro y acceder a la propiedad. Lógicamente, el suelo de roca metamórfica había hecho imposible la tarea, pero, aun así, observó el enorme agujero practicado entre los trozos de piedra. Sin duda, aquel animal, fuese el que fuese, gozaba de una fuerza colosal. Pensó que habría sido un oso negro con toda probabilidad. Hacía... ¿siglos? que no se veía ninguno por la zona, desde antes de la guerra y no en muchas ocasiones. Pero no descartaba que aún vagasen en busca de comida por los bosques de coníferas que poblaban el ochenta por ciento del estado de Maine y que cercaban Bangor, empujándolo hacia el río. No era extraño que de vez en cuando se adentraran en zonas urbanas alejadas de la ciudad, como aquella urbanización, y que el sheriff Durham y sus chicos tuvieran que hacer acopio de su talento y paciencia para evitar que se colasen en alguna casa o atacaran a alguien antes de que llegase el viejo David Stratham, el veterinario, y lo abatiese con su escopeta de dardos tranquilizantes para sacarlo de la ciudad.

Volvió a tapar aquel agujero empujando con el pie la tierra y los trozos de piedra. Entró en su propiedad, cerró la puerta con los candados, fue al sótano, cogió cemento de un saco de treinta kilos que guardaba allí y lo preparó. Quince minutos después se encontraba de nuevo agachado en el agujero y cubriéndolo todo con la mezcla. Si aquel oso quería volver a

retomar la faena donde la había dejado, sin duda se encontraría con una sorpresa poco grata. Mientras volvía a entrar en su feudo, se preguntó qué habría llamado la atención del oso para que quisiese acceder precisamente a su casa y no a otra.

—Nos habrá olido a nosotros, ¿no, *Doggy*? —preguntó—. Yo tendré que dejar de usar Hugo Boss y tú Carolina Herrera for Women.

El husky siberiano giró la cabeza cuando vio que se dirigía a él. Solía hacerlo cuando no entendía lo que su amo quería decirle. Patrick sonrió: le encantaba aquella gracieta, y por eso en muchas ocasiones le preguntaba o hablaba para que el perro la hiciera.

—Bueno, vamos a ir a la ciudad. Hay que hacer aprovisionamiento de muchas cosas, amiguito —continuó Patrick, hablando en alto y más para sí mismo que para su can.

Después de todo, su voz era la única que escuchaba. A veces, deseaba que *Doggy* fuese el perro protagonista de alguna fábula y que le hablara, aunque lo hiciera para darle una lección. Pero no lo era, y se tenía que conformar con escucharse a sí mismo o escuchar de manera aislada la voz de Peter o la de su hija en la lejanía. Y cuando esto sucedía, Patrick, que acostumbraba a acomodarse en una silla en el porche aunque hiciese frío, cerraba los ojos y se imaginaba sentado en ese mismo porche, en una cálida tarde de verano con el sol anaranjado cayendo en el horizonte, viendo a los niños corretear por la calle principal, montar en sus bicicletas, jugar al béisbol, a la comba o a las canicas o simplemente cambiar, sentados en la acera, cromos de jugadores de béisbol; respirando un aroma mezcla de césped húmedo recién cortado y pastel de carne preparado por alguna vecina y puesto a reposar en el alféizar de alguna ventana.

Imaginaba esto en los días en los que se sentía más solo. Y una lágrima traicionera y tibia surcaba las incipientes arrugas de su rostro.